

Como se ve, cada vez se iban estrechando mas las mallas de la red que encerraba al infeliz rey de Bohemia, á quien sus enemigos daban ya el nombre de «rey de invierno.» ¿De dónde podía sacar fuerzas y recursos con que hacer frente á la coalicion terrible contra él formada por el emperador, España, el Papa y la Liga alemana? La suerte de la sublevacion bohemia estaba decidida: aquel levantamiento solo habria podido triunfar en el caso de que todos los territorios hereditarios se hubieran unido á Bohemia y movidos por un único y poderoso impulso hubiesen de un golpe acabado con las fuerzas entonces débiles del emperador. Pero desde el momento en que aislada y paulatinamente se fueron aquellos adhiriendo uno tras otro á los rebeldes, Fernando tuvo tiempo para organizar las fuerzas de la resistencia y constituir contra sus súbditos sublevados una liga con la cual estos, en su aislamiento, no podian luchar.

En efecto, los rebeldes estaban y continuaron estando aislados, completamente aislados: la Union se habia negado á apoyarles; Francia é Inglaterra perdian el tiempo en tentativas de conciliacion que no daban ningun resultado, y el mismo suegro del jóven monarca, á pesar de las entusiastas simpatías que á este profesaba el pueblo inglés, no queria prestar un auxilio eficaz á su yerno. Francia, que en otro tiempo y por tradicion no interrumpida habia ayudado siempre á los protestantes alemanes en su lucha contra la casa de Habsburgo, observaba entonces una neutralidad amistosa para el emperador. Es mas, el conde palatino ni siquiera podia confiar en que todos los territorios hereditarios del emperador perseveraran en la lucha empeñada contra este, pues bastante claro se habia visto que no se podia contar de una manera incondicionalmente segura con el auxilio de Bethlen Gabor, sobre todo desde que se hacia cada vez mas imposible á los Estados satisfacer las exigencias pecuniarias del mismo. Ya en enero, aquel príncipe valeroso y enérgico, pero poco leal, á quien Hungría entretanto habia elegido por soberano, habia estado en tratos con el emperador y concertado con él un armisticio. Cierto que despues habia tomado de nuevo parte en la guerra en favor de Bohemia, pero ¿quién garantizaba que en el primer momento crítico no intentaria hacer otra vez las paces con el emperador?

Si se toman en consideracion todos estos hechos, compréndese á primera vista que la situacion del rey de Bohemia era desesperada aun antes de que, transcurrido el invierno, comenzaran formalmente las operaciones militares; y lo era tanto mas cuanto que por una série de funestos errores habíase enagenado las simpatías de sus súbditos bohemios. En efecto, mientras los protestantes bohemios, en su mayoría procedentes de los antiguos utraquistas, permanecian todavia fieles á las formas y usos de la vieja Iglesia, Federico, imbuido por los calvinistas palatinos que le rodeaban, procedia con incomprensible saña contra estas tendencias y especialmente contra la existencia de imágenes en los templos. El descontento y la indignacion subieron de punto cuando la magnífica catedral de Praga con todos sus preciosos tesoros artísticos fué víctima del vandalismo, despojada de todas sus magnificencias y convertida en un frio oratorio calvinista. A esto agregóse la aficion del rey al lujo y á los placeres que tan en contradiccion estaba con su austero calvinismo y que muchas veces parecia ridículo y era tanto mas funesto cuanto que con ello se dilapidaban sumas que mucho mejor hubieran podido emplearse en la defensa del territorio. A pesar de la superioridad que muy pronto alcanzaron las tropas imperiales, los bohemios hubieran podido defenderse con éxito en una guerra hábilmente dirigida si hubiesen dedicado á ella todas sus fuerzas y obrado de comun acuerdo con las demás provincias sublevadas. Pero esto

no fué posible, en primer término por la poca energía del monarca, y despues porque cada dia era mayor la falta de buenos generales y el mismo Federico carecia por completo de aptitudes militares. Por otra parte las tropas recibian sus pagas con poca regularidad cuando las recibian y estaban pésimamente atendidas, y de aquí que á menudo se amotinaron y se negaran á obedecer á sus jefes. Por último, la administracion desastrosa de las rentas por un gobierno inepto, que el rey no solo no podia remediar, sino que aun la empeoraba con su afán de lujo y de placeres, robaba inútilmente al país sus mejores fuerzas. Todas estas causas contribuían á llevar á aquel país á un abismo de perdicion, y solo se necesitaba el enérgico ataque del duque Maximiliano de Baviera, perfectamente penetrado de su mision, para convertir en ruinas aquella monarquía. La marcha del duque sobre el Austria fué el comienzo del último acto del desdichado drama bohemio.

Las fuerzas de la Liga que en junio y julio se habian concentrado en Lauingen y en Gunzburg componíase de 24.500 infantes y 5.500 jinetes y estaban á las órdenes del baron Juan Tserclaes de Tilly, que las mandaba como teniente general. Las primeras tropas de aquel ejército pasaron la frontera del Alta Austria el dia 24 de julio, sin encontrar apenas resistencia. Maximiliano avanzó á marchas forzadas, negándose á dar oídos á las negociaciones que los Estados del Alta Austria reunidos en Linz intentaban entablar y aplazando todo trato en este asunto para cuando llegase á aquella poblacion. A obrar así movíanle las instrucciones expresas que de Viena habia recibido, pues Fernando le habia dado por conducto de un emisario especial, el señor de Harrach, la órden concisa y terminante «de acabar con los predicantes lo mismo que con los condenados herejes del Alta Austria.» Maximiliano, que no estaba muy conforme con esta órden, aconsejó al emperador que por de pronto no se procediera con toda dureza contra los protestantes, porque esto excitaria á la poblacion á resistirse, con lo cual se retardaria innecesariamente el movimiento de avance sobre Bohemia, y al mismo tiempo recordóle con gran insistencia las estipulaciones del tratado de octubre, manifestándole, en una consulta que le dirigió, que no llevaria á cabo la ocupacion del país y de toda su administracion en nombre del emperador, sino en el suyo propio, hasta tanto que le hubiesen sido indemnizados los gastos de la guerra, contentándose Fernando con que los Estados le prestaran juramento de fidelidad. De obligarles á ello se encargaba desde luego Maximiliano.

El dia 4 de agosto llegó este con su ejército á la vista de Linz: los Estados, presa de mortales temores y abandonados de los bohemios cuyo auxilio habian pedido en vano, ofrecieron someterse á condicion de que se les garantizaran las libertades políticas y religiosas de que habian disfrutado bajo los reinados de Maximiliano II y de Matías; pero ya no era tiempo de formular condiciones para la sumision. Maximiliano exigió la prestacion incondicional del juramento de fidelidad á Fernando que al fin hubieron de prestar los Estados en 20 de agosto, despues de larga resistencia. El de Baviera nombró lugarteniente al coronel baron de Herbersdorf y prosiguió su marcha. El dia 8 de setiembre reunióse al ejército imperial que al mando de Buquoy continuaba en Horn y Eggenburg, cuando el ejército bohemio á las órdenes del de Anhalt habia conseguido, por última vez en aquella guerra, hacer sufrir una importante derrota á una division del ejército imperial en ausencia de Dampierre, que la mandaba. El ejército unido del emperador y de la Liga atravesó la frontera bohemia el dia 20 de setiembre, pero

antes envió á Viena, á instancias de Fernando, un cuerpo de 6.000 hombres al mando de Dampierre para defender á aquella capital de cualquier ataque que contra ella pudiera intentar Bethlen Gabor. El ejército bohemio que mandaba el de Anhalt no tuvo entonces mas remedio que retirarse á Bohemia.

Las malas nuevas que de Austria llegaban habian producido naturalmente en Praga un pánico terrible: la ciudad fué fortificada á toda prisa y se decretó un nuevo alistamiento de tropas. Ante la gravedad de las circunstancias se resolvió crear en Praga un consejo de guerra para evitar que los generales, como hasta entonces habia sucedido á menudo con grave perjuicio de las operaciones militares, hubieran de acudir á la capital, con frecuencia en los momentos mas críticos, para recibir instrucciones. El enérgico y prudente baron de Tschernembl, uno de los caudillos fugitivos del Alta Austria, alcanzó en aquel consejo decisiva influencia, y bajo su direccion hizo el gobierno los mas desesperados esfuerzos, aunque por desgracia demasiado tarde para conseguir un triunfo positivo. Él fué tambien quien indujo al rey á ir personalmente adonde estaba el ejército (28 de setiembre).

Mientras esto ocurría en Praga, Maximiliano y Buquoy habian avanzado sobre Budweis y apoderádose de Wodnian y Prachatz; de modo que en el extremo meridional de Bohemia los rebeldes solo conservaban la plaza de Wittingan.

Ya entonces comenzó á temerse en las esferas del gobierno bohemio un ataque contra la misma capital; pero Maximiliano antes de acometer tal empresa queria dominar por completo toda la region sud-occidental de Bohemia y además asegurar su comunicacion con Baviera. En su consecuencia, el ejército liguista-imperial, despues de haber tomado por asalto en 30 de setiembre y saqueado horriblemente á Pisek, no se encaminó á Praga, á pesar de que para ir allí tenia el camino expedito, sino á Pilsen, adonde se habia dirigido Mansfeld desde Tabor para impedir el avance de una parte de las tropas de la Liga que Maximiliano, en su marcha por Austria, habia reclutado en Furth y en Taus. En persecucion de Mansfeld habia enviado el duque de Baviera desde Budweis un pequeño cuerpo de ejército mandado por Marradas, mientras el grueso de las fuerzas avanzaban desde Pisek por Strakonitz y Horazdowitz. Entonces movióse tambien el ejército principal bohemio que mandaba el de Anhalt, saliendo en seguimiento de los liguistas imperiales y atacando la retaguardia del ejército de Buquoy que marchaba á una milla de distancia del de Maximiliano. Pero el de Anhalt no alcanzó gran victoria, porque además de que Buquoy estaba muy prevenido, tuvo Maximiliano oportunamente noticia de la proximidad de los bohemios, de suerte que ambos pudieron reunirse fácilmente y marchar juntos sobre Blowitz. Entretanto Marradas habia logrado juntarse con las fuerzas liguistas que estaban preparadas en Furth y Taus y que se componian de 6.000 infantes y 1.700 jinetes. Maximiliano hizo luego que se le uniera este contingente y con Buquoy encaminóse directamente hácia Pilsen, estableciendo en 12 de octubre su cuartel general en Lititz, aldea situada cerca de aquella ciudad. En aquel momento tan crítico para Bohemia, Mansfeld cometió la felonía de hacer traicion á la causa que hasta entonces habia representado, haciendo directamente á Buquoy proposiciones en las cuales ofreciale separarse de la causa de los bohemios. Sobre las condiciones de esta traicion entabláronse en seguida negociaciones con los hombres de confianza del emperador que Buquoy habia enviado á Mansfeld á instancias de este. Mansfeld no tasó en poco su servicio, pues exigió el pago de 400.000 florines y además que el emperador le otorgara sus

favores elevándole á conde del Imperio y confiándole el cargo que ya habia desempeñado su padre de gobernador en el ducado de Luxemburgo: á cambio de esto, ofrecíase á entregar á los imperiales la plaza de Pilsen. Las negociaciones no dieron un resultado definitivo, porque Maximiliano y Buquoy no se consideraron autorizados para aceptar por sí y ante sí tales condiciones. Unicamente se mostraron dispuestos á pagar 100.000 florines, creyendo que no podian distraer mayor suma de la caja de la guerra, y Maximiliano además garantizó para mas adelante el pago de otros 100.000. En cuanto á los 200.000 restantes y á las otras exigencias quisieron antes de resolver algo consultar con el emperador, á quien enviaron con este objeto un emisario especial. Mansfeld prometió mantenerse en paz con los imperiales en tanto que llegaba la respuesta de Fernando, y Buquoy y Maximiliano á su vez obligáronse á no atacarle durante el tiempo de espera.

De esta suerte, aun cuando no se logró la rendicion de Pilsen y la conversion directa de Mansfeld, por aquellas negociaciones se consiguió que ni este ni su cuerpo de ejército tomaran parte en la accion decisiva que iba á emprenderse de un momento á otro. Estas negociaciones habian llegado á oídos de los bohemios y del jefe de su ejército Cristian de Anhalt, por lo que Mansfeld envió á este un emisario diciéndole que aquellos tratos no tenian mas objeto que enganar al enemigo; pero cuando se considera que Maximiliano y Buquoy abandonaron la plaza de Pilsen y su fuerte guarnicion y prosiguieron su marcha á Praga, y que Mansfeld, despues de haberse aquellos retirado, se negó á unirse con el grueso de sus tropas al ejército de Anhalt, dejando una escasa guarnicion en aquella ciudad, adquiérese casi la certidumbre de que Mansfeld obraba muy de veras al hacer sus traidores ofrecimientos que, por otra parte, no contradecian ni mucho menos sus antecedentes.

El ejército liguista-imperial encaminóse entonces hácia Praga, pero como el camino mas corto estaba interceptado por el ejército bohemio que se encontraba en Rokitzan, torcieron Maximiliano y Buquoy hácia el Norte y se dirigieron luego hácia el Este. Mas el de Anhalt, que á toda prisa les habia seguido, salióles de nuevo al encuentro en Rakonitz, ocupando excelentes posiciones. Allí permanecieron los dos ejércitos algunos dias frente á frente, librándose pequeños combates que los bohemios sostuvieron sin abandonar sus puestos. En el cuartel general de los imperiales consideróse imposible atacar al asalto las posiciones del enemigo, por lo que en 5 de noviembre resolvióse operar un movimiento de flanco y dirigirse á marchas forzadas á Praga para llegar, si era posible, á la capital antes que el ejército bohemio. Pero tampoco esta tentativa prosperó, pues el de Anhalt, haciéndose preceder por un regimiento de infantería y otro de caballería al mando del conde Thurn, púsose en camino el dia 6 y llegó el 7 á Unhoscht, desde donde podia vigilar los alrededores de Praga, viendo á su llegada con gran contentamiento que se habia anticipado al enemigo. Entonces suplicó al rey, que precipitadamente se dirigia á la capital para dirigir su defensa, que cuidara de construir trincheras en la Montaña Blanca. En esta colina, situada casi tocando á las murallas de Praga, el de Anhalt y Hohenlohe pusieron en órden de batalla al ejército bohemio en la mañana del 8 de noviembre. El ala derecha apoyábase en los jardines de Sternthier, cercados por un muro; la extrema izquierda estaba algo inclinada hácia Motol. De las trincheras que el rey habia mandado construir solo dos estaban terminadas, una á la extrema izquierda y otra á la extrema derecha: la del centro no habia podido concluirse. La posicion de los bohemios era muy fuerte y muy ventajosa y en cuanto al número



de sus tropas, unos 21.000 hombres, era poco inferior al de las fuerzas liguistas imperiales que en junto sumaban 25.000.

A pesar de ello la batalla que allí se trabó en la brumosa mañana del 8 de noviembre y que decidió la suerte del reino bohemio duró poco mas de una hora. La ineptitud de algunos jefes y la vergonzosa cobardía de una parte de las tropas fueron causa, no obstante los heroicos esfuerzos de unos cuantos, de aquella derrota del ejército bohemio, casi única en su género en los anales de la historia.

Comenzó la lucha con un atrevido ataque de la caballería imperial contra el regimiento de Thurn, situado en la extrema izquierda de los bohemios. Thurn en persona acudió en auxilio de los suyos con una seccion de caballería, y aunque consiguió rechazar á los imperiales y obtener sobre estos una victoria que fácilmente hubiera podido ser para aquellos de funestas consecuencias, no pudo perseguirles, porque las seis compañías de su regimiento de infantería habian emprendido la fuga. Lo propio que Thurn dieron pruebas de gran valor personal y de audacia el príncipe de Anhalt y sobre todo su jóven hijo. Este, que en aquella jornada se ganó gloriosamente las espuelas, dirigió contra el ala izquierda de los imperiales una atrevida carga de caballería que obligó á huir no solo á la caballería imperial, sino tambien á dos regimientos de infantería; pero, embriagado por el placer de su victoria, se aventuró demasiado y topando con otros dos regimientos y con una division de caballería que en auxilio de estos envió Tilly, vióse comprometido en un nuevo combate en el que perecieron casi todos sus jinetes y él fué hecho prisionero.

Lo mismo sucedió con el ejército liguista, el cual fué cañoneado al principio de una manera tan terrible que quiso desistir del ataque, haciéndose preciso que acudiera apresuradamente Tilly, que restableció el órden en aquellas fuerzas con rapidez asombrosa. Cuando los ejércitos imperial y liguista atacaron unidos y en órden cerrado, cedió decididamente la resistencia del ejército bohemio, que ya se habia mostrado bastante débil y que solo por el heroismo de los jefes antes citados pudo en ciertos momentos realizar algunos hechos memorables. En vano Cristian de Anhalt hizo cuanto pudo para reanimar á sus tropas: los regimientos húngaros, que hasta aquel dia se habian portado valerosamente en algunas atrevidas correrías, pero que no habian tomado nunca parte en una batalla campal ordenada, al huir á la desbandada apenas sufrieron el primer ataque, arrastraron consigo en su fuga á una gran parte de la infantería bohemia, y á pesar de la vigorosa resistencia que especialmente el regimiento de infantería moravo opuso á los imperiales, la derrota fué muy pronto general. Las tropas corrieron en desordenada fuga hácia la capital, adonde llegaron en la confusion y dispersion mas completas.

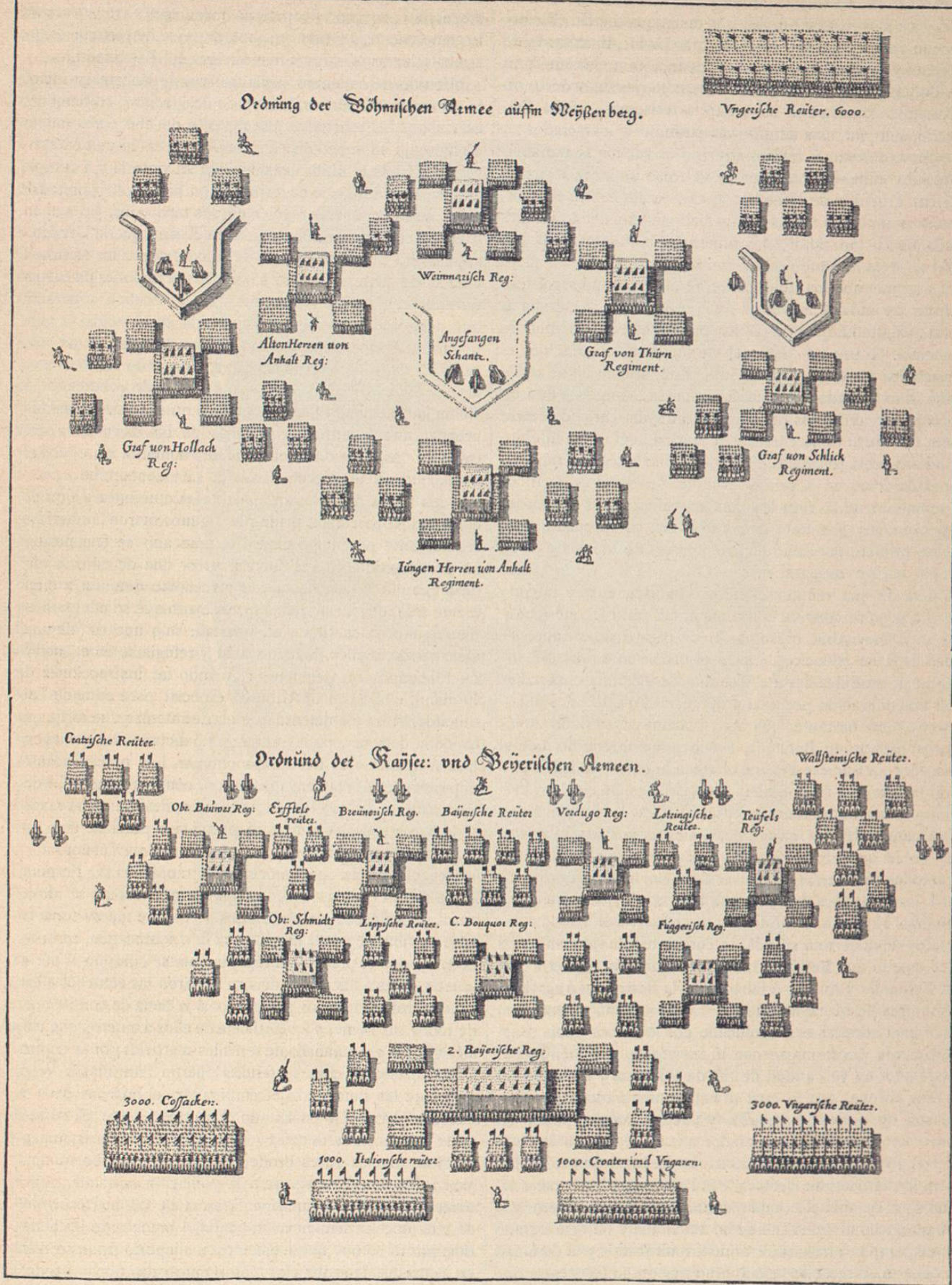
Mientras en el corto espacio de una hora se decidía la suerte de Bohemia, aquel por quien en primer término se empeñaba la lucha entregábase tranquilamente en Praga á los placeres de la mesa, y cuando despues de comer quiso salir para enterarse de cómo estaban las cosas, encontróse cerca de la puerta de su palacio con sus fugitivas tropas cuyos caudillos refiriéronle toda la verdad de la espantosa derrota que su ejército habia sufrido. Federico vió en un instante disipado el sueño de su soberanía y en su desesperacion no pensó mas que en huir á toda prisa. Su esposa, en cambio, mantúvose en una actitud mas tranquila y mas digna. Convocado inmediatamente el Consejo de guerra, no todos sus individuos opinaron que todo estaba perdido y que el rey debía buscar su salvacion en la fuga. La capital estaba bien fortificada y además se sabia que hácia ella se dirigia un cuerpo auxiliar de 8 000 hombres al mando de Bethlen

Gabor, que realmente el dia de la batalla solo estaba á cuatro jornadas de la ciudad. En su consecuencia, el jóven conde de Thurn, Tschernembl y el coronel Schlammersdorf fueron de parecer de que el rey debía quedarse en Praga y tratar de defender la ciudad; pero el de Anhalt y el conde de Thurn, el mayor, conceptuaron imposible esa empresa y manifestaron que el rey debía ante todo ponerse en salvo. Aceptóse esta opinion y el rey, la reina, Thurn, Hohenlohe, Anhalt y los mas elevados funcionarios del reino salieron de la ciudad seguidos de un largo convoy de coches en los cuales los monarcas habian ocultado apresuradamente sus principales tesoros. Con la angustia y la desesperacion pintadas en los semblantes vieron los habitantes de Praga salir de la capital á su rey. Federico encaminóse en precipitada fuga á Silesia. El sueño de aquella efímera monarquía, de aquel reinado de invierno, como se le llamó, habia llegado á su término.

LA REACCION EN LOS TERRITORIOS HEREDITARIOS IMPERIALES

Con la precipitada fuga del protestante rey intruso de Bohemia resultaba perdida la causa de los rebeldes y por ende, dados los sentimientos y el carácter del emperador, la del protestantismo no solo en Bohemia, sino tambien en los demás territorios hereditarios de los Habsburgos. La noticia de la terrible derrota sufrida por los protestantes bohemios en la Montaña Blanca difundió el pánico y el terror por todas partes y debilitó las fuerzas de la resistencia que aun quedaban y que no dejaban de ser importantes. La capital de Bohemia abrió, sin resistirse apenas, sus puertas á los vencedores imperiales y liguistas, los cuales la saquearon de una manera inhumana cometiendo toda suerte de horrores, no ya la soldadesca, sino tambien individuos de familias ilustres. Entonces, como en otro tiempo despues de la guerra de Esmalkalda, vióse claramente que con el mismo dinero que á raíz de la derrota y en los meses siguientes les fué robado en parte y en parte confiscado, hubieran podido perfectamente los protestantes organizar una resistencia con seguridad de éxito. Pero en las esferas de la aristocracia bohemia no se habia comprendido bastante bien que se trataba de una lucha por la existencia y que por lo mismo todos debian sacrificar cuanto tenian para salir en ella vencedores. Ni siquiera despues de la derrota que acababa de aniquilarles se hicieron cargo los mas de los caudillos de la rebelion de toda la trascendencia de aquel desastre, pues creyeron que, fracasado en lo esencial el movimiento, las cosas volverian al ser y estado que antes de iniciarse este tenian. Ninguno de ellos llegó á pensar que Fernando, cuyo criterio hubieran podido conocer por lo que habia hecho en sus territorios hereditarios de Estiria, adoptaria otras medidas que las que en otro tiempo habian tomado Rodulfo y Matías; á ninguno se le ocurrió que despues de la victoria se dedicaria sistemática y consecuentemente á exterminar el protestantismo. El mismo conde de Thurn creía que el emperador les otorgaria su perdón, y la mayoría de los directores y de los demás personajes que habian tomado parte principal en el levantamiento no pensaron ni por un instante en huir, cosa que en los primeros dias de confusion les hubiera sido sumamente fácil. No comprendieron que al quedarse en Praga se jugaban no solo sus haciendas, sino sus vidas. Si aquellos caudillos, si todos los protestantes del país hubiesen sospechado los indecibles males que tras de la derrota habian de venirles encima, habrian tenido valor y abnegacion suficientes para continuar la rebelion, porque de haber obrado así, por muy adversa que la suerte de las armas les hubiera sido, nunca lo habrian per-

Eigentliche Delineation der Kaiser: vnd Böhmischen Schlacht ordnung auf dem Weissen berg bei Prag. Anno 1620.



Orden de batalla de los ejércitos en la Montaña Blanca

(Facsimile reducido del grabado del *Theatrum Europaeum*, de Matías Merian. Francfort en el Mein, 1635)